



El entierro

El ulular del viento nunca me gustó. Es como si alguien te estuviera silbando desde atrás muy cerquita de la oreja. Y a mí siempre me ha gustado mantener mi espacio libre de toda invasión abusiva por parte de aquellos que no son capaces de respetar que quizá tu aliento no sea lo que quiera estar oliendo en este preciso momento a pesar de que hayas estado mascando por horas un chicle sabor menta extrafuerte. No, no me gusta que tu mano esté tan cerca de mí que sin tocarme pueda sentir cómo el aire traspasa de tu piel a la mía tus células muertas. Tengo buen oído, por lo que si te quedas a tres metros te seguiré escuchando por mucho que lo que me cuentes sea una confidencia. No te preocupes por ello. No necesito que vuestras cabezas casi se rocen. Me pregunto si tendrás piojos. He leído que pueden saltar increíbles distancias para su tamaño. Eres prácticamente calvo pero el pelo que te queda sería suficiente para albergar una colonia entera. Te has quedado callado... ¿será que te has dado cuenta de que no te miro a los ojos? Esa saliva reseca que se te forma en la comisura de los labios me hipnotiza. No sé de qué me hablas pero me gustaría pasarte un pañuelo para que te limpiaras. ¿No la sientes? Por lo menos tu mano podría ir hasta tu boca como un acto reflejo. Me acabas de tocar. Tu palma ha caído sobre mi hombro como si tuviera el derecho a ello. Siento cómo el calor que despidе va impregnando la ropa y pronto se juntará con el mío propio. Dos temperaturas corporales que no deberían encontrarse. ¿Por qué tus dedos aprietan mi carne? Si es para reconfortarme, no lo hace. Me desagrada. Tu otra mano se acerca peligrosamente a mi cara. No lo hagas, no vayas a hacerlo. El roce de tus dedos va desde debajo de la oreja a lo largo de la mejilla hasta detenerse por unos instantes sosteniendo mi mentón. Segundos agónicos durante los cuales solo quiero salir corriendo de allí. Es demasiado, siento que has ido demasiado lejos. ¿No podías haberme dicho tus palabras de aliento desde el otro lado del sofá? Trago saliva; sin embargo, mi boca está seca. Me disculpo y me marcho a buscar un vaso de agua no sin antes agradecer tus palabras. Me alejo y creo estar a salvo pero alguien se abalanza sobre mí y me abraza. Su perfume me penetra y siento que jamás podré volver a oler cosa alguna. No sé quién es, pero su pendiente se me clava en la sien y el dolor provoca un pequeño forcejeo por liberarme. Sé que en estas circunstancias todas esas muestras de afecto deben ser bien recibidas pero no puedo aguantar por más tiempo el contacto de sus generosos pechos contra los míos y apoyando mis manos sobre sus hombros intento, sin que se note la irritación, que un espacio donde pueda fluir libremente el aire se abra entre las dos. Nuestras miradas se cruzan y una sonrisa se esfuerza por aparecer en mi rostro para no pasar por desagradecida.

Todos achacan mi comportamiento al dolor aunque en realidad de lo que tengo ganas es de ir a darme una ducha y quitarme de encima todas las esencias que no son mías. Siento que en aquella habitación el aire ya está viciado. Demasiadas bocas han respirado una y otra vez en aquel lugar. Puede que en mis pulmones alguna partícula ajena forme ya parte de mí. ¿Cómo seguir siendo yo si estoy invadida por dentro? Vomitar de poco serviría... aunque, ahora que lo pienso, me he comido una galleta del plato de encima de la mesa de centro y no me he parado a pensar cuántas otras manos la han podido tocar antes de que me la llevara a la boca. El pánico se apodera de mí pues ni siquiera sé dónde han podido estar esas manos que manosearon sin duda la masa que está a medio digerir en mi estómago. Tengo que salir de allí, varias personas se ponen en mi camino y una retahíla de palabras me llega sin ser comprendida. Agradezco de nuevo con un "gracias" vacío de todo significado e intención y salgo por la puerta. En el pasillo varios grupos de personas hablan ajenos a las circunstancias hasta que me ven aparecer y el decoro preestablecido de antemano para aquellas situaciones impera por completo y unas toses apagadas preceden a otra serie de frases hechas

y miradas de compasión. Siento que soy el centro del universo en ese instante y temo que les dé a todos por venir hacia mí y querer tocarme, abrazarme, consolarme. Doy dos pasos hacia atrás y habría echado a correr si mi padre no hubiese estado de pie detrás. Su mano acaricia mi pelo y me dice que si quiero puedo ir afuera a jugar. Tengo once años y sé que la sensación de mi cuero cabelludo al ser tocado por mi padre no desaparecerá en mucho tiempo. Me enfado conmigo misma por estar pensando en todo aquello cuando debería estar llorando a mi abuela. Decido por fin correr sin poder evitar el cubrirme la mano con la manga para girar el picaporte.

La lógica

Era una persona de las que no podía dejar nada al azar. Pensaba que, si este de verdad existiera, el esfuerzo de la gente no tendría ningún sentido. Uno podría hacer las cosas de manera temeraria, sin pensar dos veces las consecuencias, pues el azar vendría a darle lo que le correspondía ya hubiera hecho las cosas bien o no. Hacer las cosas bien significaba algo tan sencillo como planificar hasta el más mínimo detalle, poner en una balanza todos los posibles pros y contras y no dejar nada a la suerte ya que esta no existía. Solo el trabajo arduo, preciso y meditado podía llevarnos al éxito. Por eso aquel día se encontraba tan desubicado. No había hecho nada para obtener aquello, ni siquiera podía ligarlo a una consecuencia de algo previo bien medido y pensado. Nada. Aquello no tenía conexión posible con ninguna de sus acciones que con tanto cariño tomaba. El aceptarlo suponía ir en contra de todos los pilares en los que se sustentaba su vida. El dejarlo se le antojaba absurdo. Nadie le miraba. Es más, no había ni un alma para preguntar si aquello era suyo aún a riesgo de que la persona dijera que sí a sabiendas de que estaba mintiendo. La verdad que le vendría muy bien. Podría terminar el mes y no seguir pensando estos últimos días. Se decidió a cogerlo, pero al ir a tocarlo algo le hizo detenerse. ¿Y si eso era una prueba para ver qué tan fuertes eran sus convicciones? La noche anterior había tenido una conversación acalorada con Martín y este se había desquiciado ante la firmeza de sus opiniones. Puede que lo hubiera puesto ahí a propósito para luego reprocharle de por vida su debilidad. Se irguió de nuevo y dio tres pasos como para marcharse. Vio a lo lejos una mujer que se encaminaba hacia él y temió que ella tuviera menos escrúpulos. Volvió sobre sus pasos y lo pisó disimulando mirar algo en su móvil. La muchacha pasó sin hacerle caso. Cuando se hubo marchado, levantó lentamente el pie y lo miró fijamente de nuevo. Le hubiera gustado agacharse, metérselo en el bolsillo y salir corriendo. Pero no pudo. Ese acto arbitrario y sin sentido podría romper la rectitud con la que tomaba decisiones. Volvió a mirar a los lados. Si no se decidía llegaría tarde a su compromiso. Debía decidirse. Cerró los ojos por un instante e intentó meditar la lógica de que aquello se le hubiera presentado ahí delante justamente aquel día. Recordó una vez que fue a sacar dinero y el cajero le dio de menos. Puso la queja según lo estipulado aunque nadie le respondió por ello. Él estaba seguro de que le faltaba un billete. Había contado el dinero cientos de veces. ¿Podría ser aquel su billete? Aquel suceso había ocurrido meses atrás pero el cajero apenas estaba a tres calles de aquella estación y el viento bien podría haber estado llevándolo de un rincón a otro sin que nadie se percatara. Volvió a mirarlo y se agachó. Creyó reconocer la numeración. Sí, era el suyo. No había duda. Ahora tenía sentido todo. No era casualidad. Simplemente estaba recogiendo lo que era suyo. La paciencia había dado sus frutos y se había hecho justicia. Le habían dado respuesta a su reclamación aunque de una manera poco ortodoxa. Extendió la mano y recogió el billete. Mientras lo guardaba en la cartera un atisbo de duda le creció en el interior. En seguida lo borró. Era su billete. No podía ser otro. Nadie se suele encontrar cincuenta euros así como así.